

PRECOVIDO

Ante la inminencia de su examen final Edward tomó las debidas precauciones, con una semana de anticipación, como siempre. Así como las había tomado para las decenas de exámenes que había rendido en la universidad de manera presencial. En esos casos era fundamental poner tres despertadores con diferencia de cinco minutos entre ellos.

Uno el del móvil, un segundo en la mesa de luz (pero fuera del alcance de la mano) y el tercero (y siempre infalible) instalado en el piso dentro de una olla sin tapa y con acción repetitiva. El día previo habría que chequear el normal funcionamiento de los transportes y dejar infladas las ruedas de la bicicleta (por cualquier paro imprevisto).

Debía calcular el tiempo que demandaría bajar los dieciséis pisos por escalera en caso que el ascensor no funcionara o estuvieran realizando una mudanza.

Pero estas previsiones, que ya tenía muy bien aceitadas, pasaron a cambiar radicalmente en la época del confinamiento. Se tomó toda una tarde para estudiar las variables imprevistas que podrían surgir en la previa de su examen virtual. A este listado de alerta y precaución le puso el título de Precovidado.

El primer punto mantuvo la disposición de los despertadores. Única precaución que servía para ambas situaciones. De allí en más debió imaginar los escenarios imprevistos que se le pudieran presentar.

Debería chequear el pago del servicio de internet (no sería la primera vez que se le traspapelara). Tendría que comunicarse con familiares y amigos para que no se les ocurriera pasar a visitarlo ese día, sobre todo con su tía Eulogia que acostumbraba llevarle tortas fritas todas las mañanas (y se prendía al timbre con una insistencia enfermiza). Contempló desconectar el timbre y se propuso pensar cómo apaciguar los golpes en la puerta (lo mejor sería hablar con el portero para frenar las visitas). Para no cambiar la computadora de lugar (no vaya a ser que eso ocasionara problemas de señal) debería sacar de la pared las láminas de Playboy y las caricaturas que solía hacer de sus

profesores. Decidió que lo más adecuado sería correr la biblioteca para ubicarla como fondo, para lo que debería controlar los títulos que se exhibieran en los lomos. Tenía bien en claro que había que desconectar el teléfono fijo y el móvil. Repondría (con dosis doble) el líquido para ahuyentar las palomas que se instalaban en la baranda del balcón. Averiguaría en la Cooperativa de Luz sobre algún corte programado para esa fecha (por las dudas contaría con una batería de repuesto).

En el medio de sus anotaciones su cara se transmutó ¿cómo haría para evitar que la vecina del departamento contiguo no arremetiera con sus desafinadas interpretaciones de cumbias colombianas que arrancaban puntualmente todas las mañanas a las diez, el preciso horario en que estaba pautado su tan esperado examen final? Un frío le recorrió todo el cuerpo, sus dedos comenzaron a temblar sobre la hoja. De nada servía ser precavido si no podía asegurarse eliminar los conflictos posibles. En ese momento recordó que aquella mujer se le había insinuado un par de veces en el ascensor (o al menos eso le había parecido).

No quedaba otra que una visita de cortesía.

No fue fácil que la mujer escuchara el timbre, era precisamente el horario en que sus aullidos se mezclaban con la música estridente. Aprovechó el espacio entre un tema y otro para arremeter con el llamado.

El buen recibimiento le confirmó que su presunción sobre las insinuaciones había sido acertada.

Compartieron un café y una charla prolongada. Edward le dejó un papel con el día y la hora del examen y ella lo aseguró con un imán en la puerta de la heladera. Edward y Almerinda acordaron un futuro encuentro.

La semana pasó más rápido de lo que él hubiese deseado.

Las horas nunca alcanzan.-refunfuñó.

A las diez de la mañana todo estaba en orden. La biblioteca tapaba las figuras inconvenientes y relucían los títulos de libros que emanaban intelectualidad. Ni una paloma osaba aferrarse a la baranda del balcón. Los timbres y teléfonos se mostraban desconectados en total mudez. Del departamento contiguo afloraba un silencio desconocido, sólo quebrado por el insistente sonar de un despertador atronando desde el fondo de una olla.

Edward, internado de urgencia, padecía los síntomas del Covid. La fiebre, la tos y un cansancio extremo se habían apoderado de su cuerpo. En la habitación contigua, y con igual diagnóstico, reposaba Almerinda. Con cierta dificultad respiratoria tarareaba una cumbia colombiana.

Aliquique